

ÍNDICE

Aflicción.....	5
Bivalvo.....	9
Amor constante más allá de la muerte.....	19
Ñu.....	31
Tu rostro, Conesa, envenena mis sueños.....	39
Hombres como los de antes.....	43
Atlas.....	51
Carnaval.....	59
<i>Et in Arcadia ego</i>	67
Un alma de Dios.....	69
Las aventuras del doctor Floïd.....	81
Un trato.....	89
Fómites.....	97
La casa de los muertos.....	105

AFLICCIÓN

El niño ve cosas, ve el silencio, ve tras los visillos sucios un patio de color plomo. En alguna parte, un reloj de pared da la hora. En la sala de espera hay una puerta que nunca se abre. Su madre le ha dicho que comunica la consulta con la casa del médico. Hay ruidos detrás, música, muebles que alguien arrastra, una lavadora, una televisión encendida, un olor a sopa. Hay un hogar. A este lado es diferente. Quiere parecer el salón de una casa, pero no lo es. El tiempo está estancado, inerte como una mano dormida. Por alta que esté puesta la calefacción, y realmente lo está, se siente que ahí nunca ha vivido nadie.

Debajo de la mesa hay revistas atrasadas. Su madre ojea noticias del pasado de millonarios, actrices y condesas que navegan, dan fiestas, bailan, casan a sus hijas. Hay cuadros en la pared, hay un grabado de una ciudad amurallada a vista de pájaro; dos caballeros dialogan en una esquina, indiferentes a una multitud al fondo, a la izquierda, enzarzada en una batalla.

Tras las ventanas, un tendedero chirría, moviéndose a trompicones en el patio. El niño ve bailar la ropa colgada, está convencido de que ese jersey azul tan pequeño al lado de las sábanas es el mismo que ella lleva con tanta gracia en la foto. La foto está en la consulta del doctor, en una estantería, delante de esos libros con imágenes horribles, como los que estudia su hermano mayor. Ella está en el campo, hace el tonto ante la cámara, se muerde un labio. Debe hacer mucho frío, porque lleva guantes y bufanda.

El niño espera tener algo que no duela, pero que lo tenga una semana sin ir a clase. También espera que esa puerta se abra en algún instante y que ella aparezca recién llegada del colegio, la cartera llena de libros, oliendo a lluvia.

Otras veces, el sonido de un piano rebota en las paredes del patio. Ella practica, se equivoca, vuelve a empezar. Imagina su cara obstinada, mordiéndose el labio mientras vuelve a colocar las manos sobre las teclas.

Oyen cómo se abre la puerta de la consulta al fondo del pasillo. Una madre y su hijo, acompañados por la enfermera, llegan hasta la puerta de la calle. El niño lleva un zapato ortopédico en el pie izquierdo. Mientras su madre le pone el abrigo, los niños se miran con lástima.

La enfermera es muy simpática y siempre lo llama por su nombre. Los conduce hasta la consulta. El doctor no habla mucho. Su padre opina que es un soberbio, pero su madre piensa que es tímido. También la oyó decir que el doctor tenía una sonrisa muy dulce. Los invita a sentarse. Le gusta sentarse en uno de los dos sillones donde, como son altos, se le quedan las piernas colgando. En la consulta huele al alcohol que se echan en las heridas, huele a dolor.

El niño siempre nota que su madre se comporta con el doctor de una manera distinta a cómo ella es en casa. Como si no fuera ella. El doctor está mirando los análisis y la madre no le quita ojo. El doctor levanta la cabeza y lo mira, su sonrisa resulta brusca, calculada: «vamos a echarle un vistazo a este granuja».

Su madre lo ayuda a quitarse la ropa mientras el doctor se dispone a auscultarlo. El jersey, la camisa, la camiseta, doblados sobre una silla. Posa suavemente el fonendo sobre el pecho. A veces piensa que le gustaría ser médico de mayor y tener uno de esos para él y ajustar los tubitos de goma a sus orejas y oír el corazón de otras personas, su aliento. Le piden que respire y respira, le piden que no respire y contiene la respiración. Después le palpa con ambas manos el cuello, debajo de la barbilla.

Llaman a la enfermera. El niño sabe que van a poner la pantalla de rayos X. Le encanta cómo se despliega lentamente con un zumbido de nave espacial. La enfermera coloca al niño y le guiña un ojo. El metal está frío. Apagan las luces.

Toda la consulta queda a oscuras salvo el resplandor de la pantalla y un zumbido grave. La luz de sus huesos, que él no puede ver, alumbra las gafas del doctor, la cara de su madre,

la máquina de escribir y se refleja en la foto enmarcada de ella. De nuevo contar hasta diez sin respirar. Se esfuerza por hacerlo bien; solo siente un poco de vergüenza de que puedan ver tan dentro de él, de que sus pequeños órganos en la jaula del pecho resulten ridículos, inaceptables. Tan pendiente está que no repara en la ansiedad con la que su madre observa el proceso. Con una sacudida final, cesa el bordoneo, se encienden las luces y la máquina se retira como una flor que se cierra.

Deslumbrado, parpadeando, el niño se pone la camiseta, la camisa y el jersey. Su madre le dice que lo ha hecho muy bien y le pide que espere un momento fuera. El niño se encoge de hombros y la enfermera lo lleva hasta la sala de espera. Suena el teléfono y se apresura a cogerlo. El niño se queda solo.

Las luces se empiezan a encender tras las ventanas del patio. El jersey ya no está en el tendedero. Alguien corre por el pasillo de la casa del médico, al otro lado de la puerta. El niño sonrío porque sabe que es ella. Va y viene de un extremo al otro, se detiene al llegar al final, a veces parece estar a punto de golpear la puerta ahí al lado, luego se aleja en dirección contraria, luego se vuelve a acercar. Una vez y otra y otra. No sabe por qué, pero de repente deja de ser divertido. Quisiera que parara, pero no sabe cómo pedirselo, porque está al otro lado.

La enfermera asoma la cabeza desde el pasillo con una mueca que lo hace reír. Se olvida por un instante de la puerta cerrada. Tiene algo para él. Le pide que abra las manos y las llena de monedas de oro con chocolate por dentro. Su madre sale de la consulta y le pone el abrigo. Ambas mujeres intercambian una mirada de tristeza. La enfermera le da al niño un beso antes de salir, un beso que le extraña.

Cuando salen del portal ya ha anochecido y empiezan a caer copos del cielo. Apenas cuajan sobre los techos de los coches, pero el niño nunca ha visto nevar y le parece tan bonito que piensa que mientras viva se acordará de ese momento.

Tres niños más atendió aquella tarde el doctor. La enfermera se despidió y él se quedó trabajando. Repasó el historial de los pacientes del día siguiente y corrigió un artículo para una revista. Luego se levantó, se quitó la bata y la colgó.

Apagó la luz del escritorio, apagó la luz del pasillo, apagó la luz de la sala de espera y abrió con llave la puerta que comunica con su casa.

El pasillo estaba a oscuras. Sintió la corriente de aire pasando de una vivienda a la otra. Una luz se encendió al fondo. Dio dos vueltas a la llave y la colgó de una alcayata en la pared.

—Soy yo.

El doctor caminó hasta el dormitorio de su mujer. Se sentó al borde de la cama y echó una rápida mirada al vaso de agua y las pastillas sobre la mesita. Tenía las marcas de la almohada sobre la cara; todavía le parecía hermosa.

—¿Has visto cómo está nevando? —le dijo, adormilada.

—No me he enterado, igual lo has soñado.

—No, no lo he soñado.

Los dos callaron. La nieve, la luna, un pez nadando, había tantas cosas que les hacían recordar. El doctor se tumbó y la abrazó por la cintura. Le acariciaba la cabeza y le tomaba a la vez el pulso, sujetando apenas con los dedos su muñeca, mientras ella le decía que se tuvo que acostar porque le dolía la cabeza y que le había dejado la cena para que se la calentara. Su respiración cambió; se quedó dormida. Se incorporó y se quedó un rato mirándola. Ella podía dormir. Después la tapó, la besó y apagó la luz. Dejó, como siempre, la puerta entreabierta.

Fue a su cuarto, se quitó los zapatos y se puso unas zapatillas. A la cruda luz del tubo fluorescente cenó frugalmente en la mesa de la cocina. Colocó los platos en el lavavajillas.

Se encaminó al salón. El halo de una farola entraba por la ventana, enrojecido por un turbión de copos de nieve que cubría de silencio las calles. No necesitaba más. Se sentó en el sillón de orejas y puso los pies sobre un escabel. Respiró hondo. No había día en que el pediatra no se consintiera un instante de inútil arrepentimiento pensando en Lucía, en el olor de sus manos pequeñas, preguntándose por qué se le escapó, por qué no supo verlo.

BIVALVO

Solo Dios podría haberlo visto en ese momento, y lo hubiera encontrado hermoso. Su cuerpo desgarbado de adolescente flotaba suspendido entre las aguas, que daban a sus movimientos una lentitud, una gracia de la que siempre carecieron, el pelo desplegado como una llamarada. Ernesto buceaba con los ojos abiertos porque había visto algo brillar, medio escondido en el fondo. De un par de patadas descendió hasta rozar con los dedos la arena blanca. Era una pequeña concha y quiso cogerla, pero el oleaje lo empujaba suavemente de un lado a otro y se le escapaba. Casi no le quedaba aire en los pulmones, pero hizo un último esfuerzo. Salió a la luz boqueando. Los oídos le zumbaban, pero sonreía: ya era suya.

Brillaba bajo el sol sobre la palma de su mano. Era una concha común, humilde, no muy distinta de la que te encontrarías en un plato de paella, pero tenía una delicada irisación rosada, muy bella, que la hacía rara y especial. Y la había sacado del fondo del mar.

Salió del agua a la playa medio despoblada a la hora de la siesta. Tenía que encontrar a Natalia y se acercó al chiringuito donde, bajo el sol que se filtraba por el techo de cañas, los chicos más mayores bebían café y jugaban al dominó fumados de porros. Natalia no estaba en la mesa. Intentó aparentar desenvoltura y desinterés al preguntar por ella. Lo trataron con el desdén reservado a los escalafones inferiores. La adolescencia es marcadamente jerárquica. Preguntó a otros amigos en la playa inhóspita. Nadie supo o quiso responder, hasta que un chaval gordito señaló en dirección a la cala de la muerta.

Natalia fue una leyenda ese verano entre los amigos de la pandilla de Ernesto. Era intimidantemente guapa, frívola,

intensa. Era, decían ellos, *un personaje*. Natalia iba siempre con los más mayores. Apenas se llevaban unos meses, pero ya tenía esa irónica indolencia de quien parece estar de vuelta de todo. Natalia no vestía como los demás, nada de cuanto llevaba encima había sido dejado al azar. Aquella excentricidad tan perfectamente calculada hacía sentirse a Ernesto perteneciente a una clase media del alma. El verano estuvo repartido entre el culto a Natalia y las vejaciones de Diego, el primo mayor de un amigo, un figura que no perdía oportunidad de hacerle la vida imposible.

Días atrás organizaron una fiesta en esa cala, que ellos llamaban así por un cadáver que el mar dejó sobre los guijarros hacía un par de años y que nadie reclamó. Para acceder al lugar había que atravesar un camino de rocas donde rompían las olas. El paraje no era gran cosa, pero a todos les gustaba experimentar ese pequeño escalofrío y la sensación de estar en un lugar creado solo para ellos. Natalia iba por delante, trepando con agilidad hasta que se le soltó una sandalia, que acabó encajada cerca de la rompiente. Natalia se quedó sin saber qué hacer, con algo entre la vergüenza y el desamparo en los ojos, como si la pérdida de la sandalia la hubiera privado de su poder. Ernesto tuvo un momento de inspiración y se lanzó rocas abajo para rescatarla del hueco batido por la espuma. Se empapó por completo, pero la sandalia recuperó su privilegiada posición en el pie descalzo de Natalia. Algo cambió en ese instante. Ella lo llamó mi caballero, y aquel gesto abrió las puertas de su simpatía. Le dijo que lo iba a adoptar hasta la mañana siguiente y, salvo un instante en que la vio discutir con Diego, no pararon apenas de hablar, sentados cerca de la orilla, ajenos a los azares de la fiesta. Uno de ellos se levantaba de vez en cuando a por bebida para los dos, pero el vínculo no se rompió en toda la noche. Ernesto no daba crédito a aquel feliz momento de intimidad compartida.

Natalia tenía como una graciosa seriedad y un acento norteño genérico. Le hizo confidencias, le confesó que le daban miedo las olas; era muy torpe nadando y nunca se atrevía a meterse lejos de la orilla. Le confesó también que aquel invierno había estado con un hombre casado. Era verdad y era su manera de hacerse la interesante. Aquello intimidaba a los

chicos, pero sobre todo le intimidaba a él, porque ¿qué podía contar a cambio?, ¿qué podía darle?

Ernesto fue valiente y le dio lo que tenía. Todavía no tenía una vida, pero tenía ingenio y una dulzura afable, sin reservas, sin distancias con el otro, y eso gustaba a sus interlocutores. Lo asombró ver que ella le escuchaba; a él, el virgen. Ella, que follaba con hombres casados. Conforme hablaba, Ernesto descubría en él recursos que ignoraba poseer. Natalia no paraba de fumar y lo encontró limpio y bueno. Por un momento se olvidó de aquellas pequeñas situaciones miserables con las que había entrado triunfalmente en la juventud. Ernesto la hacía reír con su humor de catorce años, le hablaba de las cosas que lo emocionaban. A Natalia le gustó creer por un momento que ella también había sido así.

La acompañó a su casa. Caminaron por las calles de la urbanización entre el susurro de los aspersores, que arrancaban olores deliciosos de los jardines. Ella lo cogió de la mano en los últimos metros. Al despedirse lo abrazó y lo apretó contra sí. Ernesto sintió la tibieza de su cuerpo debajo del vestido de lino y el aliento de ella en su cuello. Natalia le acarició la mejilla con el dorso de la mano y sonrió.

—No hay mucha gente como tú.

Y por eso ahora Ernesto caminaba bajo el sol con una pequeña concha en el bolsillo del bañador. La había sacado del fondo del mar para ella. Sonrió, sintiéndose un astuto manipulador.

La encontró al encaramarse sobre unas rocas. Natalia se había quitado la pieza de arriba del bikini y rodaba sobre la arena abrazada a un bronceadísimo Diego. Se sentó a horcajadas sobre él y mientras tomaba aliento lo miró de aquel modo. Inmediatamente Ernesto supo que a él jamás lo miraría así.

Se resbaló y perdió una chancla, que cayó al agua. Natalia dio un pequeño grito y Diego se volvió y lo pilló mirando. Se lanzó tras él en un silencio amenazador, Ernesto corrió rocas arriba con una sola chancla, el corazón golpeándole, desdichado y ridículo.

Eso fue todo. Aunque algunas imágenes concretas de aquella aciaga mañana reaparecieron en alguna melancólica masturbación, lo cierto es que Natalia desapareció de su vida.

Un año después se enteró de que se había quedado embarazada de Diego. A las respectivas familias les gustaban los ritos y eran más de boda que de clínica abortista. Ni siquiera le dolió. Algún amigo estuvo en la celebración y se emborrachó.

Ernesto consagró su vida a dejar de ser aquel ingenuo al que Diego despreciaba. Durante años perfeccionó con éxito ese personaje que le había funcionado aquella noche. Por el camino perdió la inocencia. No importaba, era capaz de fingirla. Nunca sentó cabeza, nunca conoció a una mujer más hermosa. A lo largo de los años, se enamoró con éxito variable de versiones sucesivamente degradadas de aquel mito erótico fundacional, en la esperanza de que siempre habría una siguiente, mejor que la anterior, pero no fue consciente de nada de eso hasta que leyó su nombre en la esquila aquella mañana en la cafetería y todo volvió.

Al principio se sorprendió ante su propia frialdad. Murieron sus padres, murieron cantantes y actores que amó, ¿por qué no iba a morir la adorable Natalia Salazar, que llevaba una pulsera en el tobillo y le tenía miedo al mar? Pero su nombre recobrado resonó toda la mañana en él, no podía concentrarse en el trabajo. Acabó despachando una columna descuidada para el periódico; en lo más profundo de sus afectos se movían placas tectónicas. Tan agitado estaba que decidió ir al funeral con la loca idea de devolverle aquella concha que no llegó a darle. En algún cajón de su piso de soltero andaría aún, superviviente de muchas mudanzas. Nunca tuvo el valor de deshacerse de ella, aquel rosa irisado había sido el principio de todo.

La sostuvo de nuevo sobre la palma de su mano. Aunque permanecía intacta, había perdido parte de su singularidad y cada vez se parecía más a la concha que te encontrarías en un plato de paella. Aun así, la guardó en el bolsillo.

Se vistió con cuidado para dar una imagen interesante, bohemia pero cara. Llegó a la capilla donde se oficiaba el servicio. Se colocó en las filas de atrás; el féretro con el cadáver de Natalia estaba situado al lado del altar. Unas letras doradas en un friso. *Et in Arcadia ego*. Mientras el cura desgranaba un responso desganado, funcional, Ernesto se dedicó a planificar mentalmente cómo podría dejar la concha

entre las coronas de flores sin hacer el ridículo y a rastrear alguno de los viejos rostros conocidos. Qué mayores estaban todos. Diego en especial, apoyado en el brazo de su hija, le impresionó. Como oía decir a sus padres sobre otros amigos cuando enviudaban, la de años que le habían caído encima.

Hacía tanto que no sabía nada de todas aquellas personas de su pasado... Toda su vida había sido en realidad un intento de no pertenecer a ese mundo.

Terminada la ceremonia, intentó acercarse discretamente al ataúd; calculó que no sería demasiado difícil mientras todos se dirigían a la salida. Pero muchos de los presentes lo reconocieron y lo saludaron efusivamente. Ernesto estrechaba manos y respondía, convencional y desesperado, a frases gastadas, mientras los operarios cargaban impasibles los restos mortales de Natalia y la alejaban de él.

Caminando hacia el cementerio descubrió, sorprendido, que sus viejos conocidos respetaban su modesta celebridad de columnista de un periódico de provincias. Ernesto se dejó halagar y exageró su condición de soltero mujeriego con una vanidad ridícula, vengativa. Cuando llegaron a su destino, la plataforma mecánica ya estaba ascendiendo ruidosamente hasta la altura del nicho. Aquello acababa con la última oportunidad de cumplir su deseo. Prepararon la mezcla, introdujeron el féretro en el nicho, embutieron las coronas dentro, extendieron el cemento con el palustre y fijaron una lápida provisional. Se acabó. Ernesto se dio la vuelta y enfiló la salida a toda prisa; necesitaba escaparse de allí, desaparecer, pero una voz sonó a sus espaldas.

—¡Ernesto!

Era Diego, lo había reconocido. Descartó la absurda idea de no responder y salir corriendo, así que se acercó él. Antes de que pudiera darle el pésame, Diego lo abrazó con un calor que lo desconcertó. Ernesto no podía entender por qué se alegraba tanto de verlo si cuando era un chaval lo había humillado y perseguido con la saña del que encuentra a su víctima perfecta. Aunque quizás fuera precisamente por eso.

Lo cogió del brazo y ya no lo soltó. Lo presentó a su hija Susana como «un buen amigo del pasado». Se saludaron maquinalmente, sin fijarse el uno en el otro. Ernesto podría

haberse zafado, era muy bueno inventando excusas, pero se dejó llevar mientras Diego, aferrado a su brazo, se iba despidiendo de todo el mundo. Diego le dijo al oído que no se sentía capaz de volver a su casa. Ernesto, en cierta manera, tampoco; por eso acabaron ambos en un bar del casco antiguo.

Tenía la idea de que así podría saber cosas sobre Natalia, quería consolarse con la revelación de que, al menos alguna vez, ella volvió a mencionar su nombre. Diego le sugirió que lo llevara a esos bares enrollados que él seguramente frecuentaba. Era la última cosa que Ernesto querría hacer, de modo que optó por locales de gusto conservador: bodegones de derivados del cerdo y ristras de ajos, motivos taurinos, fotos autografiadas de famosos. Taxidermia e ictus. Demasiado tarde se dio cuenta de que no importaba lo que los años hubieran hecho de los dos: Diego le seguía cayendo mal. Su chulería de adolescente había mutado a unas maneras broncas de viejo farruco. La mueca socarrona que tanto lo intimidaba entonces parecía ahora el estigma de un sinvergüenza envilecido por decenas de negocios poco honrados.

Le explicó con todo lujo de detalles —incluida una zapatilla que se le desprendió— cómo la encontró muerta en el pasillo al llegar a casa con su hija. Fue instantáneo, no sufrió. Ernesto pensó en Natalia desplomándose en mitad del pasillo como el alto surtidor de una fuente al cortar el agua. Le pareció muy de ella ese marcharse de un salto, sin dar el coñazo.

Diego bebía a una velocidad alarmante; el alcohol lo hacía locuaz y le enronquecía la voz. No paraba de darle golpecitos en el brazo. ¿Por qué lo habría elegido a él para desahogarse?

En el siguiente bar se las arregló para sacar el tema de aquella fiesta en la cala de la muerta y entonces Ernesto lo entendió todo. No hablaba claro, pero se lo veía ansioso por saber qué pasó entre ellos dos aquella noche. Así que aquello le había quitado el sueño durante años. Esa pequeña victoria lo hizo sentirse mezquinamente feliz.

Una felicidad que se le acabó en el último bar. Diego tenía mal vino; se volvió desconfiado, indescifrable, hablaba en enigmas, farfullaba o levantaba la voz sin seguir pauta alguna. Con una mirada húmeda de viejo, le contó intimidades que no quería conocer, mezquinas insinuaciones de infidelidad. Llegó a

contratar a un detective para que la siguiera. No sacó nada en claro. Un infierno doméstico de escenas y citalopram se reveló lentamente. Diego empezó a levantar la voz a unos clientes y Ernesto tuvo que pagar y sacarlo del bar para que no le partieran la cara. Diego se tambaleaba, Ernesto lo sujetaba para que no cayera. Dieron unos pasos hasta que se plantó, con la cabeza apoyada contra la pared, en un rincón inmundo.

—No estoy bien.

Empezó a vomitar dando grandes arcadas. Ernesto miraba incómodo a su alrededor. Consideró en frío que no tenía por qué aguantar más, que nada lo vinculaba a aquel hombre que en una esquina vomitaba y ventoseaba como un rocín. El hombre al que ella miraba de aquella manera.

—No me dejes aquí solo.

Ernesto acudió. Con infinito asco le puso una mano en la frente, gesto inútil que solo sirvió para que Diego vomitara en uno de sus zapatos. Le secó la boca con un pañuelo.

Anduvieron un rato hasta que Ernesto paró un taxi. Diego se negó a entrar y vomitó en la puerta. Hubo una desagradable escena con el taxista. Diego sugirió que les vendría bien caminar.

Caminaron, caminaron muchísimo. Diego lloriqueaba, susurrando el nombre de Natalia con una voz horrible de borracho. Qué sucio sonaba así su nombre.

Cuando llegaron al portal, Diego no encontraba las llaves. Ernesto llamó directamente al portero automático. Les respondió una voz joven de mujer.

La hija les abrió en pijama con una bata encima. La habían sacado de la cama. Entre los dos llevaron a Diego al dormitorio. Al atravesar el pasillo pasaron por el lugar donde cayó muerta. Ernesto se fijaba en todo, en aquellas habitaciones cuyo aire hacía solo unas horas ella todavía respiraba, en aquellos muebles que tan poco se le parecían.

En el dormitorio le quitaron los zapatos, le aflojaron la ropa y lo cubrieron con un edredón. Ernesto vio fotos de familia enmarcadas sobre un aparador. Le costaba reconocer a Natalia, aburguesada y abotargada, y, sin embargo, echó de menos esa vida con ella que no vivió.

Le pidió a la hija de Diego un trapo para limpiar los zapatos.

Los zapatos recuperaron su aspecto habitual. Ernesto y Susana fumaban en la cocina. El foco de una lámpara caía sobre ella. En el funeral no se había dado cuenta de lo que se parecía a su madre. Tal parecido no tenía nada de extraordinario, lo que le asombró es que se parecía más a Natalia que esa mujer de las fotos. Intentaba pensar qué tendría ella de Diego.

—Nunca habló de ti, ¿tú la conocías?

Ernesto asintió con una sonrisa triste. A estas alturas ya ni le importaba. Miró cómo fumaba, su cara agotada. Vio miedo en aquellos ojos, como en los de su madre cuando veía las olas. Pobre Susana, se había encontrado el cadáver de su madre, intentaba entender que no volvería a oír su voz hasta que empezara a aparecer en sus sueños. Ernesto no sabía que ella le hacía preguntas porque, para ella, su madre era también un enigma y la torturaba la idea de que ya no podría conocerla del todo.

Ernesto le preguntó a su vez por Natalia, no le valían las sórdidas palabras del viudo, no le valía aquel mobiliario de mal gusto, quería encontrar a Natalia, pero tampoco estaba en los recuerdos de Susana. No se llevaban bien, chocaban mucho. Ernesto no podía reconocerla en aquella figura de autoridad dependiente de fármacos, apática, llena de manías y convencionalismos que se filtraba a través de aquellos fragmentos de memoria. Ernesto sintió que la hija estaba equivocada, que no conocía en realidad a su madre y que él debía reparar ese error.

Ernesto le contó una historia a Susana. Le contó que su madre era una excelente nadadora y que todo el mundo lo decía. Que una vez ella y él se bañaron desnudos en una playa que ellos llamaban la cala de la muerta, que el mar empezó a romper pero que ella, que no le tenía miedo a nada, se empeñó en recoger una concha que había visto brillar en el fondo. La vio desaparecer bajo el agua mientras él a duras penas intentaba mantenerse a flote entre el oleaje que los separaba.

La vio emerger fugazmente para tomar aire y volvió a sumergirse. Tardaba en salir. Él creía que se había ahogado, pero apareció al final a muchos metros de él. Estaba feliz, la había cogido. No les resultó fácil regresar a la orilla. Al final se dejaron caer exhaustos sobre los guijarros. Estaban vivos.

Ella abrió la concha y la dividió en dos valvas, se guardó una para ella y la otra se la dio a Ernesto. Aquella concha era su secreto, cuando la vida los separara cada uno tendría una mitad y así se acordarían de aquel día en que habían podido perderlo todo.

Ernesto buscó en el bolsillo y sacó la concha. A la luz de los focos de la cocina, la vio realmente digna. Digna de Susana, digna de Natalia.

—Quiero que la tengas tú.

Y puso la concha sobre la palma de su mano. Susana se quedó un rato pensando mientras sonreía. Era algo que Natalia hacía. Lo acompañó a la puerta, le dijo que le había gustado hablar con él, le dio las gracias y lo despidió con un abrazo. Olía como a un lugar al que uno querría volver.

Mientras Ernesto caminaba aturdido, justificado, maravillosamente vacío por la calle, Susana se quitó la bata, las zapatillas y los calcetines y se metió de nuevo en la cama. Colocó la concha debajo de la luz de la mesita. Tenía una irisación rosada que al apagar la lámpara aún permaneció un instante en su retina, como un rastro que aún perviviera de los dedos de su madre.

© del texto: Salvador Perpiñá Gutiérrez, 2023
© de esta edición: Milenio Publicaciones S. L., 2023
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: mayo de 2023
ISBN: 978-84-9743-989-3
DL: L 28-2023
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.